

Testimonio

Transcripción de la carta que la religiosa Lucía Vetruse, violada en Bosnia, envió a la superiora general de su Congregación.

«**S**oy Lucía Vetruse, una de las novicias violadas por las milicias serbias. Le escribo sobre lo que me ha ocurrido a mí y a mis hermanas Tartiana y Sendria.

»Permítame que no le dé detalles. Ha sido una experiencia atroz que no se puede comunicar más que a Dios, a cuya voluntad me entregué cuando me consagré a Él con los tres votos.

»Mi drama no es sólo la humillación que he sufrido como mujer, ni la ofensa irreparable hecha a mi opción existencial y vocacional, sino la dificultad de inscribir en mi fe un acontecimiento que ciertamente es parte de la misteriosa voluntad permisiva de Aquel al que yo continúo considerando como mi Esposo divino. Había leído pocos días antes *Diálogos de Carmelitas* de Bernanos y me había surgido pedir al Señor morir mártir. Él me ha tomado la palabra, pero ¡de qué manera! Me encuentro ahora en una angustiada oscuridad interior. Ellos han destruído mi proyecto de vida que yo consideraba definitivo y me han trazado de improviso otro nuevo, que aún no acierto a descubrir.

»Escribí en mi Diario en mi adolescencia: "Nada es mío, no soy de nadie, ninguno me pertenece". Sin embargo uno me cogió una noche, que no quiero recordar, me arrancó de mí misma y me hizo suya.

»Me desperté ya de día y mi primer pensamiento fue aquel de la agonía de Jesús en el huerto. Se desarrolló en mí una lucha terrible: me preguntaba, por un lado, por qué Dios había permitido que yo fuera despedazada y destruída, precisamente en lo que yo ponía mi ra-

zón de vivir y, por otra parte, cuál era la nueva vocación por la que Él me encaminaba. Me levanté agotada, mientras ayudaba a la hermana Josefina y me arreglaba. Oí la campana que tocaba a Sexta en el monasterio de las Angustias, al lado del nuestro. Hice la señal de la cruz y mentalmente recité el Himno de la liturgia: "En esta hora, en el Gólgota, el verdadero Cordero pascual, Cristo, paga el rescate por nuestra salvación".

»¿Qué es, Madre, mi sufrimiento y la ofensa sufrida en comparación con la de que Aquel al que había prometido mil veces darle mi vida? Dije despacio: "Hágase tu voluntad, ahora, sobre todo ahora, ya que no tengo más apoyo que la certeza de que Tú, Señor, estás a mi lado".

»Le escribo, Madre, no para recibir su consuelo, sino para que me ayude a dar gracias a Dios por haberme asociado a millares de compatriotas mías, ofendidas en el honor, y a aceptar la maternidad no deseada... Mi humillación se suma a la de las demás y sólo puedo ya ofrecerla por la expiación de los pecados cometidos por los anónimos violadores y por la paz entre las dos etnias opuestas, aceptando el deshonor sufrido y entregándolo a la piedad de Dios...

Mis lágrimas, agotadas

»No se asombre de que le pida compartir conmigo una "gracia" que pudiera parecer absurda. He llorado en estos meses todas mis lágrimas por mis dos hermanos acesinados por los mismos agresores que van aterrorizando nuestras ciudades. Pensé que ya no podría sufrir

muchas cosas más, ni que el dolor pudiera tener tales dimensiones.

»A la puerta de nuestros conventos golpean cada día centenares de criaturas famélicas, tiritando de frío, con la desesperación en sus ojos. La otra semana una joven de dieciocho años me había dicho: “Afortunada usted, que ha escogido un sitio donde la milicia no puede entrar...” Y añadió: “No sabe usted qué es el deshonor”. Lo pensé despacio y vi que se trataba del dolor de mi gente y casi sentí vergüenza por estar excluida de su huida. Ahora soy una de ellas, una de tantas mujeres anónimas de mi pueblo con el cuerpo destrozado y el alma saqueada. El Señor me ha admitido al misterio de su vergüenza, es más, a esta hermana le ha concedido el privilegio de comprender la fuerza diabólica del mal.

»Sé que, de hoy en adelante, las palabras de valor y consuelo que trataré de sacar de mi pobre corazón serán creídas, porque mi historia y la suya, y mi resignación, sostenida por la fe, podrá servir, si no de ejemplo, al menos de confrontación con sus reacciones morales y afectivas.

»Basta una señal, una pequeña palabra, una ayuda fraterna para movilizar la esperanza de un ejército de criaturas desconocidas... Dios me ha escogido —Él me perdona esta presunción— para guiar a las personas humilladas de mi gente hacia un alba de redención y de libertad. No podrán tener dudas sobre la sinceridad de mis deseos, porque yo también vengo, como ellas, de la frontera de la abyección.

»Recuerdo que, cuando estudiaba en Roma para obtener el grado en letras, una profesora de literatura eslava me decía estos versos de *Alesej Mislovic*: “Tú no debes morir, porque has escogido estar de parte del día”. La noche en que fui violada por los serbios repetía estos versos que me proporcionaban bálsamo al alma, cuando la desesperación quería ahogarme. Ahora todo ha pasado y me parece haber tenido un mal sueño.

»Todo ha pasado, Madre, pero ahora comienza todo. En su llamada telefónica, después de decirme palabras de consuelo que le agradeceré toda la vida, me hizo una pregunta:

“¿Qué harás de la vida que te ha sido impuesta en tu vientre?” Sentí que su voz temblaba al hacerme esa pregunta que no podía ser respondida de inmediato, no porque no haya reflexionado sobre la elección que tenía que hacer, sino porque usted no quería turbar con proyectos mis decisiones. Lo he decidido ya: si soy madre, el niño será mío y de ningún otro. Le podría confiar a otras personas, pero él tiene derecho a mi amor de madre, aunque no haya sido deseado ni querido.

»No se puede arrancar una planta de sus raíces. El grano que ha caído en una tierra tiene necesidad de crecer allí donde el misterioso, aunque inicuo, sembrador lo ha echado. Realizaré mi vida religiosa de otro modo. No pido nada a mi Congregación que me lo ha dado ya todo. Estoy agradecida a la fraternidad de mis hermanas y a sus atenciones, sobre todo por no haberme molestado con peticiones indiscretas.

Con mi hijo

»Me iré con mi hijo. No sé a dónde, pero Dios, que ha roto de improviso mi mayor alegría, me indicará el camino para cumplir su voluntad.

»Seré pobre, retomaré el viejo delantal y me pondré los zuecos que usan las mujeres en los días de trabajo e iré con mi madre a recoger resina de los pinos de nuestros grandes bosques... Haré lo imposible por romper la cadena de odio que destruye nuestros países... Al hijo que espero le enseñaré solamente a amar. Mi hijo, nacido de la violencia, será testigo de que la única grandeza que honra a las personas es la del perdón».

Lucía Vetruse, religiosa

(Traducida de *Notizie jesuiti italiani* para *Vida Nueva* por Manuel Matos, S. J.)